

El matrimonio que agrada a Dios

Vivir el evangelio hasta que la muerte nos separe

Treinta días de reflexión, renovación y mantenimiento de nuestro matrimonio

Por

Joselo Mercado

ÍNDICE

SEMANA 1: Un fundamento necesario

- Día 1: La gloria de Dios nos motiva
- Día 2: Mi pecado es más importante que el tuyo
- Día 3: Tu enemigo es tu pecado
- Día 4: El evangelio debe funcionar en nosotros
- Día 5: La prioridad es crecer en santidad
- Día 6: El corazón es una máquina de crear ídolos
- Día 7: Reflexión al final de la semana: lo que creemos es importante

SEMANA 2: Somos uno

- Día 1: Una sola carne
- Día 2: Unidos para servirnos
- Día 3: Perdonados para perdonar
- Día 4: Lo mío es tuyo
- Día 5: Sufrimos juntos
- Día 6: Yo te necesito
- Día 7: Reflexión al final de la semana: la realidad de nuestra unidad

SEMANA 3: La forma de relacionarnos es de suma importancia

- Día 1: Nuestras palabras importan
- Día 2: Creados hombre y mujer
- Día 3: Compartir evidencias de gracia
- Día 4: Nos exhortamos a crecer
- Día 5: Congregarnos es vital
- Día 6: Comunión bíblica
- Día 7: Reflexión al final de la semana: somos intencionales en nuestras relaciones

SEMANA 4: El disfrute mutuo es vital

- Día 1: Mi mejor amigo(a)
- Día 2: Una búsqueda constante
- Día 3: Batallar con la lujuria
- Día 4: El disfrute del sexo
- Día 5: La bendición de los hijos
- Día 6: Recordar el evangelio
- Día 7: Reflexión al final de la semana: ¿satisfechos el uno con el otro?

Conclusión

SEMANA 1

UN FUNDAMENTO NECESARIO

Semana 1 Un fundamento necesario

Día 1 La gloria de Dios nos motiva

Siempre hay algo que nos motiva en la vida. Hacemos las cosas porque hay una fuerte motivación en nuestros corazones que nos impulsa a actuar de cierta manera y lograr cierto objetivo. Por ejemplo, vamos a la universidad porque nos gusta la carrera y también porque queremos buenos trabajos. Hacemos ejercicios porque queremos sentirnos bien y también porque deseamos lucir bien. Nos levantamos cada mañana para ir a trabajar porque nos gusta lo que hacemos y también porque necesitamos cubrir nuestras necesidades.

La cosmovisión del mundo sostiene que, al final, es en la motivación donde radica su propia realización y felicidad. Hacemos las cosas que hacemos porque tenemos derecho a ser felices, porque nuestros sueños deben ser cumplidos. Todo nuestro actuar está permeado por esa visión global secular. Muchas novias caminan al altar el día de su boda guiadas por esa cosmovisión. Muchos novios esperan nerviosos a sus novias en el altar, poniendo todas sus esperanzas en que esa mujer ha llegado para hacerlos felices.

Los matrimonios que comienzan con esta visión de buscar su felicidad propia están, desde mi perspectiva, destinados al fracaso. Destinados al fracaso si definimos que el éxito en el matrimonio es que Dios sea glorificado. Quizás no todos terminan en divorcio, pero con esa visión egoísta, un matrimonio no puede cumplir la misión para la cual fue diseñado. Mientras el propósito del matrimonio sea la satisfacción personal de cada individuo, el mismo puede parecer perfecto en las redes sociales, pero no está cumpliendo la función primordial del diseño de Dios que es glorificarlo a Él. Para que un matrimonio pueda hacer esto, ambos miembros deben desear glorificar a Dios individualmente y esto requiere morir a sus deseos individuales para juntos vivir para un propósito eterno.

Descubramos un principio general que servirá para el matrimonio y para cualquier área de nuestra vida. El Catecismo de Westminster señala: «El propósito principal de un ser humano es dar gloria a Dios y disfrutarlo por siempre». El apóstol Pablo enseñó con absoluta claridad que debemos hacerlo todo para la gloria de Dios (1 Corintios 10:31). Dar gloria a Dios es el tema central de la Biblia.

Una y otra vez se nos recuerda que Dios merece toda gloria y que fuimos creados para darle gloria al que merece toda la gloria. La gloria de Dios es un concepto que permea toda la Biblia. Los reformadores entendieron que todo es para la gloria de Dios. Su gloria es el reflejo de todo lo que Dios es en sí mismo. Su infinita perfección y Su santidad hacen que Dios sea glorioso. Nosotros los creyentes, cuando somos salvados por el sacrificio substitutorio de Jesús, somos transformados, la imagen de Dios comienza a ser restaurada en nosotros y comenzamos a reflejar la gloria de Dios por Su gracia.

Este propósito es visible desde el Edén. Dios nos crea a Su imagen y semejanza para ser Su reflejo en este mundo y nos encomienda la tarea de sojuzgar Su creación para Su gloria. El Señor le recuerda a Israel, vez tras vez, que Él no comparte Su gloria con nada ni nadie (Isa. 42:8). El apóstol Pablo nos dice que la motivación detrás de la elección incondicional divina es la gloria de Dios (Romanos 9:23). Existe mucha evidencia bíblica que confirma que hemos sido creados para dar gloria a Dios. Ese es nuestro propósito, para eso Dios nos creó y, aún es más importante para el creyente porque para eso Dios lo salvó.

En oposición a la visión del mundo, la cosmovisión cristiana está basada en que fuimos creados para la gloria de Dios. Me pregunto entonces, ¿por qué los matrimonios cristianos lo olvidan o no lo toman en cuenta? Podría decir que los problemas matrimoniales con mi esposa Kathy o de los que escucho durante la consejería matrimonial se resumen en que uno de los cónyuges, o ambos en el matrimonio, no están dando gloria a Dios.

Si nos detuviéramos a analizar el motivo del conflicto en un matrimonio que se manifiesta en que ella está deprimida o él es agresivo, en que la esposa es sarcástica o el esposo no muestra interés, es muy posible que descubramos que la razón por la que están así es porque piensan que merecen ser felices y la persona con la que se casaron ya no cumple o nunca ha cumplido ese propósito. Cuando no vivo para la gloria de Dios, sino que vivo para mi propia gloria, si mi pareja no vive para mi gloria, entonces voy a entrar en guerra con ella.

Uno de los pasajes más poderosos que nos muestra qué sucede cuando un matrimonio está en conflicto es el siguiente: «¿De dónde vienen las guerras y los conflictos entre vosotros? ¿No vienen de vuestras pasiones que combaten en vuestros miembros? Codiciáis y no tenéis, *por* eso cometéis homicidio. Sois envidiosos y no podéis obtener, *por* eso combatís y hacéis guerra. No tenéis, porque no pedís. Pedís y no recibís, porque pedís con malos propósitos, para gastarlo en vuestros placeres»

(Santiago 4:1-3).

Estamos dispuestos a entrar en guerra porque no obtenemos lo que deseamos, porque finalmente estamos viviendo para nuestra propia gloria y no para la gloria de Dios. Vivimos para satisfacer nuestros deseos y placeres. Cuando nuestros placeres no se complacen, estamos dispuestos a todo por obtenerlos. Estamos dispuestos a subir nuestro tono de voz, dispuestos a manipular, dispuestos a menospreciar y hasta dispuestos a abandonar.

La realidad del matrimonio que la Biblia presenta es la de morir al yo para la gloria de Dios y el bienestar del otro. El Señor nos dice: «Por tanto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne» (Génesis 2:24). El matrimonio implica unidad y morir al individualismo para vivir junto a otra persona. Mi vida ya no se trata solo de mí porque ya no estoy solo, sino que estoy unido a otro.

El matrimonio debe ser la unión de dos vidas para reflejar el glorioso evangelio (1 Tim. 1:11) que a su vez refleja la gloria de Dios. El glorioso evangelio es donde Dios más claramente refleja Su gloria, ya que un Dios soberano y santo da Su vida por pecadores que no lo merecen, por medio de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús. El matrimonio refleja esta gloriosa realidad al dar nuestra vida por el bien del otro. El Señor nos presenta en Efesios 5:22-33 una hermosa imagen de la unidad que se manifiesta en la relación de Cristo y la Iglesia y que debe ser reflejada por el esposo y la esposa. Es importante recordar siempre que no nos hemos casado para ser felices. Nos casamos para darle gloria a Dios y para que, por medio de nuestro matrimonio, otros puedan ver el reflejo de la gloria de Dios ya que estamos imitando la hermosa relación entre Cristo y Su Iglesia.

Cuando reconocemos esta verdad fundamental acerca del matrimonio, afirmando que no está diseñado única o primeramente para satisfacernos, esta verdad se convierte en un factor que controla nuestra vida. Los matrimonios que lo practican empezarán a ver cambios significativos en sus relaciones. Cuando el paradigma que controla el matrimonio es la felicidad individual, los cambios que la pareja experimenta para mejorarlo no son permanentes porque vienen de motivaciones egoístas que darán frutos mientras nuestras expectativas son cumplidas. Solo cuando cambiamos motivados en glorificar a Dios veremos transformación que perdurará porque no depende de que nuestra pareja esté comportándose de una forma que nos satisface.

Por ejemplo, imagínate que formabas parte de una pareja que era muy crítica. Siempre estabas criticando a tu esposo(a), y esto los llevaba a tener múltiples conflictos. Entonces decides dejar de criticar a tu pareja para evitar conflictos y, de cierta forma, esto resulta en que ahora ya no tienen tantos conflictos. El problema con esto reside en que la razón del cambio no es un genuino arrepentimiento basado en la gloria de Dios. Lo único que quieres es ser feliz y no pelear más. Es muy posible que con el tiempo termines resentido porque tu pareja no reconoce tus cambios y los conflictos empiezan una vez más. Las motivaciones egoístas solo traerán disgustos en alguna otra área.

Lo primero que trae cambio permanente en la vida del creyente es estar convencido, por la Palabra de Dios y por medio de la ministración del Espíritu Santo, de que estamos actuando motivados por nuestros deseos pecaminosos y no por la gloria de Dios. Esa es nuestra actitud natural y pecaminosa. Por eso es que necesitamos del poder y la esperanza del evangelio. Es imposible vivir para la gloria de Dios por nuestras fuerzas. Somos seres caídos que vivimos para nuestra gloria y nuestros deseos.

Necesitamos ir a la cruz de Cristo para recibir el perdón por vivir centrados en nosotros mismos y para recibir el poder para ser transformados a Su imagen y así vivir para Su gloria. Cristo dio Su vida en la cruz para que nuestros matrimonios pudieran centrarse en Dios y Su gloria, y no en nosotros mismos. Lo más hermoso es que encontraremos mayor realización y satisfacción cuando vivimos para la gloria de Dios porque finalmente estaremos cumpliendo el propósito para el cual fuimos creados.

Tengo que reconocer que la mayoría de los conflictos matrimoniales que Kathy y yo tenemos son asuntos pequeños. Luchas triviales que surgen del deseo por dominar a nuestra pareja. Por ejemplo, me encanta sacar a mi esposa a cenar cada semana porque es un tiempo donde puedo expresar mi amor por ella y podemos crecer en unidad. Ya que vivimos en una ciudad cercana a Washington, la capital de Estados Unidos, prefiero salir a cenar a restaurantes ubicados en el centro de la capital. El problema es que un viaje de 30 minutos se puede convertir en uno de más de una hora si es a la hora de la cena. Me ha pasado que cuando hemos planificado ir a cenar, mi esposa me dice antes de salir: «Joselo, estoy cansada. ¿Podríamos ir a un lugar más cercano?». No les niego que en ese momento tengo que decidir con rapidez si voy a glorificar a Dios y morir a mí mismo. Aun algo tan trivial como eso puede convertirse en un poderoso ídolo que me podría llevar a mantenerme en un molesto silencio por el resto de la noche, simplemente porque las cosas no se dieron como yo las quería.

Así es como peleamos guerras cotidianas donde terminamos glorificando a Dios o nos glorificamos a nosotros mismos.

Te animo a que en este momento tomes un tiempo para meditar sobre tu vida y tu matrimonio. Piensa si es que, en tu vida diaria, has vivido para la gloria de Dios o para tu gloria. Revisa si la motivación que te ha guiado es ser feliz o que tu rol en el matrimonio refleje el carácter de Dios. Si somos sinceros con nosotros mismos vamos a ver que muchas veces nuestras motivaciones son egoístas y, por consiguiente, nunca podremos encontrar paz en la relación porque no estamos dispuestos a morir a nuestros deseos.

En realidad, no hay una fórmula para el éxito matrimonial: una guía de pasos para lograr el éxito en este tema. Para tener un buen matrimonio la meta no debe ser que este sea exitoso. Un buen matrimonio debe ser el resultado de dos personas deseando glorificar a Dios. Quiero decirte con sinceridad que, si lo que estás buscando es una guía práctica para no tener problemas matrimoniales, es muy posible que este no sea el libro para ti. Si tu deseo es encontrar técnicas para manipular a tu pareja para que viva conforme a tu imagen, te animo a que busques otro recurso. Por otro lado, si tu deseo es conformarte más a la imagen de Cristo, muriendo a ti y sacrificando tus propios deseos para ver a Cristo glorificado en tu vida y en tu matrimonio, te invito a que continúes leyendo.

Solo al ver a Cristo, ver Su gloria (2 Corintios 3:18) y reconocer que estamos bastante lejos de Su perfección, nos daremos cuenta de que necesitamos vivir vidas en continua actitud de arrepentimiento. Cuando estemos conscientes de nuestra propia precariedad y comprendemos nuestra propia pecaminosidad, podremos ver que nuestra única esperanza es la gracia de Dios en nosotros. Esa gracia la entendemos al reconocer que somos pecadores, pero que Dios no nos trata como merecemos. Esa misma gracia nos motiva a extenderla en nuestro matrimonio. Solo al rendirnos completamente a Él y al permitir que el mensaje del evangelio trabaje en nosotros, el Señor podrá llevarse toda la gloria.

Preguntas de aplicación

Piensa en áreas específicas en tu matrimonio en las que estás viviendo para tu gloria y no para la gloria de Dios. (Por ej. Momentos donde piensas, *es que merezco ser feliz*).

¿Estás convencido de que Dios te creó para Su gloria; por consiguiente, tu felicidad no es lo más importante?

Piensa en momentos en que esta verdad podría ser difícil para ti.

Poner en práctica

-

-

-

-

-

Semana 1 Un fundamento necesario

Día 2 Mi pecado es más importante que el tuyo

Ya vimos que el llamado de todo creyente es a vivir para la gloria de Dios. Entonces podríamos también decir que todo creyente casado está llamado a vivir su matrimonio para la gloria de Dios. Ese es el propósito principal de la unión de un hombre y una mujer. Si éste es el propósito, la pregunta es: ¿cómo se alcanza ese propósito en la vida diaria? Sabemos que muchas veces el matrimonio pasa por situaciones difíciles y conflictos de diferente magnitud. ¿Qué hago para cumplir el propósito de darle gloria a Dios cuando estoy en medio de un conflicto? Este propósito afecta cada aspecto de la relación con mi cónyuge, por eso debo hasta preguntarme con absoluta sinceridad: ¿cómo debo reaccionar cuando deseo insultar a mi pareja?

El mensaje principal que pretendo llevar por medio de estas secciones es el siguiente: **Para que un matrimonio glorifique a Dios, ambas personas deben vivir una vida de constante arrepentimiento.** Cuando hablamos de arrepentimiento estamos diciendo que cada individuo está mirando su pecado y lidiando con el mismo delante de Dios. El individuo debe caminar de una forma penitente, donde está más preocupado por su pecado que por el pecado del otro. El saber que somos pecadores nos ayuda a entender que, cuando estamos en conflicto, lo más probable es que nuestro pecado está contribuyendo y eso nos lleva a lidiar con el mismo delante de Dios al buscar Su gracia y Su perdón. Si solo uno de los dos cónyuges vive este tipo de vida, pues solo uno estará glorificando a Dios de forma individual. Sin embargo, para que el matrimonio glorifique a Dios, ambos deben ser creyentes que están viviendo una vida de arrepentimiento.

La doctrina bíblica del pecado nos enseña que todos somos pecadores y, aunque seamos salvados por la gracia de Dios, todavía tenemos una lucha contra el pecado. Por lo tanto, una vida de arrepentimiento conlleva que un creyente esté constantemente examinando su vida para ver si sus acciones, pensamientos o motivaciones son contrarios al llamado de Dios de vivir para Su gloria. No quisiera que me mal interpreten por lo que acabo de decir. No estoy hablando de vivir en una introspección eterna con golpes de pecho y sin nunca llegar a disfrutar de la gracia de Dios en nuestra vida. Al contrario, un creyente que entiende que todas sus acciones están manchadas por su pecado, siempre mantiene su vida en alerta para no permitir que la carne trate de tomar control. Por eso, vive en constante arrepentimiento para crecer en santidad. Justamente esa fue la exhortación del apóstol Pablo: «Porque si vivís conforme a la carne, habréis de morir; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (Romanos 8:13).

El creyente, a través de la dirección del Espíritu Santo, identifica las obras de la carne en su vida y por el mismo poder del Espíritu hace que esas obras mueran en su vida.

Lo que acabamos de presentar podemos extenderlo a la vida matrimonial. El creyente casado debe vivir una vida de arrepentimiento en la que constantemente revisa sus respuestas, sus actitudes y sus motivaciones al relacionarse y vivir día a día con su cónyuge. **Estoy convencido de que los matrimonios que tienen éxito en comunicarse, en servirse el uno al otro, en amarse, en animarse y en corregirse mutuamente, son aquellos en los que cada uno de los cónyuges está más preocupado de su propio pecado que del pecado de su pareja.**

Un buen ejemplo sería cuando la esposa está más consciente de su reacción sarcástica que de la forma en que la criticó su esposo. El esposo está más consciente de su respuesta iracunda que de la forma en que su esposa se impacienta cuando él no cumple con lo que había prometido. Las parejas que glorifican a Dios no tienen una lista con las cosas que sus cónyuges tienen que mejorar. Por el contrario, ellos tienen una lista con todo aquello que ellos, de forma personal, tienen que mejorar.

Jesús nos enseña cómo vivir de esta forma, cómo aplicar esta verdad en nuestra vida, cuando nos dice: «No juzguéis para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados; y con la medida con que midáis, se os medirá. ¿Y por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano, y no te das cuenta de la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo puedes decir a tu hermano: "Déjame sacarte la mota del ojo", cuando la viga está en tu ojo? ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás con claridad para sacar la mota del ojo de tu hermano» (Mat. 7:1–5).

Jesús no está diciendo en este pasaje que nunca debemos corregir las debilidades de otros o las formas en que otras personas pecan contra nosotros. En Mateo 18 y en Gálatas 6:1 se nos anima a hacer eso. Jesús nos exhorta a que antes de ir a corregir, antes de concentrarme en la transformación de mi cónyuge, lo primero que debo revisar es mi corazón y descubrir mi pecado. Jesús nos enseña que si no trabajamos primero con nuestro pecado, entonces vamos a estar tentados a juzgar pecaminosamente a nuestros cónyuges.

El mensaje de Jesús en Mateo 7 es clave para la salud de la relación matrimonial porque nos enseña que, antes de lidiar con el pecado del otro, primero tengo que lidiar con mi pecado. La razón para esto es muy sencilla: hasta que no lidiemos con nuestro pecado, no estamos en la condición de santidad necesaria como para apuntar el pecado del otro. Si es que no nos arrepentimos primero de nuestro pecado, entonces solo produciremos ira, autocompasión y resentimiento que terminarán gobernando la forma en que interactuamos en medio del conflicto. El resultado será lamentable porque el conflicto crecerá en vez de resolverse al no trabajarlo con misericordia y amor.

Desarrollemos un ejemplo clarificador que ilumine lo que acabo de decir. Es la hora de la cena y has preparado con esmero y empeño una deliciosa comida para tu familia. El menú es asado de carne con arroz y frijoles acompañados de una deliciosa ensalada. Tu esposo se da cuenta que no hay su aderezo favorito para la ensalada, y de malas maneras te dice, con cara de molestia, que la próxima vez no pienses tanto en el presupuesto y compras dos botellas del aderezo que tú sabes que tanto le gusta. Sin pensarlo dos veces, y sintiendo un calor por todo el cuerpo, le contestas de inmediato y con un tono despectivo le dices que mejor vaya él y se compre el aderezo si es que tanto le gusta. ¿Qué es lo que ambos acaban de hacer en ese momento? Ambos apuntan a los errores del otro y se terminan recriminando porque ambos pecaron. La tendencia en ambos es de acusar al otro de insensible o de malcriado. Una pequeña botella de aderezo termina provocando un conflicto de proporciones épicas en donde ambos se gritan y se faltan el respeto.

¿Cómo evitamos llegar allí? ¿Cómo cumplir el propósito de Dios en vez de caer en la desacreditación mutua y la deshonra del nombre de Dios? Lo primero es que ambos reconozcan que pecaron y que antes de apuntar al pecado del otro deben mirar su propio pecado. El esposo debe ver que su esposa se ha esmerado en preparar la comida y que pecó de falta de sensibilidad y falta de humildad al reclamar de la manera en que lo hizo. La esposa pecó por su falta de prudencia al responder con ira y al ofenderse por no ser reconocida sino criticada por su trabajo. Ella perdió de vista su identidad como hija de Dios y que no debe definirse por lo que haga o deje de hacer. Ambos han pecado contra Dios, ambos necesitan el evangelio para reconciliarse, en primer lugar, con Dios y para reconciliarse el uno con el otro. Ambos deben pedirse perdón y luego de esto, en amor, quizás puedan corregir el pecado del otro (Gálatas 6:1).

El primer impulso de cada uno debe ser mirar su viga antes de ir tras la paja del otro. Ese es el mandato bíblico y la única forma en que podemos dejar que el evangelio gobierne nuestras interacciones en el matrimonio. Cuando miramos primero nuestro pecado, recordaremos que somos pecadores y no víctimas. Cuando nos comunicamos con nuestro cónyuge, no lo hacemos como si se tratara de un enemigo, sino que nos comunicamos con otro pecador que está en el mismo viaje contigo. El evangelio nos recuerda que hemos recibido misericordia y, por consiguiente, extendemos misericordia. **Si algo deseo que saquemos de esta reflexión es que constantemente seamos impulsados y guiados por el Espíritu Santo a examinarnos primero antes de apuntar o denunciar la falta del otro.** Solamente cuando dos pecadores que han sido unidos por Dios viven de esa forma, tendrán la posibilidad de glorificar a Dios como matrimonio. Esto permitirá que no solo crezcan en paz, sino que, por encima de todo, tendrán un matrimonio marcado por la cruz y la humildad de la cruz.

La humildad de la cruz nos marca porque, al ver al hijo de Dios morir por nuestro pecado, entendemos que siempre nuestro pecado es lo que más nos debe importar. Aquel que primeramente ve su necesidad de misericordia puede, por consiguiente, extender misericordia a otro.

¿Te das cuenta de lo que Jesús nos enseña en Mateo 7 al decirnos que no estamos capacitados para corregir a otro hasta que examinemos nuestro pecado? El pecado nos ciega. Mientras no puedas ver que tu pecado nubla tu entendimiento, entonces vas a continuar centrado en ti y es muy probable que adoptes el papel de víctima en cada conflicto. Hasta que no revisas tus motivaciones siempre vas a ver a tu cónyuge como el culpable y nunca vas a reconocer que existe la posibilidad de que tu pecado no te permita ver la situación de una forma objetiva.

Si intentaras tratar de sacar la mota del ojo de tu pareja antes de remover tu viga, lo que estás haciendo es traer juicio para ti y permitiendo que tu corazón gobierne tus interacciones. Esas interacciones estarán llenas de ira, defensa y más conflicto. Por el contrario, si miramos nuestro pecado, en lugar de nuestra tendencia a juzgar pecaminosamente, nos acercaremos en misericordia y humildad porque nosotros hemos experimentado esa misericordia de parte de Cristo.

Me gustaría compartir un ejemplo personal. Todas las mañanas tomo una taza de café. Mi cerebro no tiene la capacidad de funcionar hasta que una dosis de cafeína entra en mi sistema. Luego de terminar mi café voy a la cocina y dejo mi taza de café en el lavadero. Tengo la costumbre de llenar la taza con agua para que sea más fácil de limpiar cuando la pongan en la lavadora de platos. Pero como buen hombre que soy, en ocasiones se me olvida ponerle agua a la taza y, por lo tanto, se hará más difícil que quede limpia.

Recuerdo que una vez Kathy estaba sacando los trastes de la lavadora de platos y encontró que mi taza no se había limpiado bien. En ese momento ella hizo un comentario sarcástico. «¡Cómo es que tú nunca le pones agua a la taza!». Ese comentario me ofendió y le reclamé a Kathy diciéndole que no era cierto y que muchas veces lo hacía, que debería estar agradecida de tener un esposo tan considerado como yo que le ayuda en su llamado del hogar. Esto nos llevó a tener un conflicto ya que ambos nos sentíamos ofendidos porque nos hablamos mal.

Si estás tentado a tomar una posición particular con alguno de nosotros en este conflicto, es posible que todavía no hayas entendido lo que quisiera que aprendas. No hay ganador en este conflicto. Ambos cometimos errores. Kathy al descalificarme por completo. Yo al responder ofendido, al contraatacar y al tratar de manipular. En ese momento nuestra única esperanza es que ambos nos arrepintamos de nuestro pecado contra Dios, en primer lugar, y luego el de uno contra el otro.

Por la gracia de Dios yo pude mirar mi viga, ver que me ofendí por el comentario de Kathy y, en lugar de buscar ayudarla para que no hable con sarcasmo, decidí atacar y defenderme. No importa quién pecó primero, lo que importa es que yo había pecado. Le pedí perdón a Dios por idolatrar la aprobación de Kathy. Sentí que mi identidad fue atacada cuando me criticó porque mi deseo era más ser un esposo perfecto que glorificar a Dios. Cuando el Señor me confrontó, de inmediato fui donde Kathy y le pedí perdón por mi respuesta manipuladora que solo quería su aprobación y ganar el conflicto. Kathy pudo ver cómo su comentario me tentó y no glorificaba a Dios. El evangelio orientó nuestra reconciliación. No se trataba de encontrar un ganador o quién tenía la razón. Se trataba de dos creyentes conmovidos por su pecado contra Dios que juntos pudieron arrepentirse y buscar al Señor.

Este es el evangelio en acción en el matrimonio. Cuando la verdad de que hemos pecado contra un Dios infinito nos hace ver que, como Pablo afirmó en 1 Timoteo 1:15, somos «el primero de los pecadores», esto nos ayuda a estar conscientes de nuestro pecado y tener una vida de arrepentimiento. Cuando ambos en el matrimonio tenemos esta actitud, entonces por la gracia de Dios hay esperanza de crecer juntos para Su gloria.

Preguntas de aplicación

Cuando estás en conflicto con tu pareja, ¿te detienes a considerar tus actitudes pecaminosas antes de confrontar el pecado del otro?

¿Entiendes que tu pecado contra Dios es mayor que cualquier pecado que se cometa contra ti?

¿Qué te ayudaría en medio del conflicto a considerar tu pecado antes del pecado de tu pareja?

Poner en práctica

-

-

-

-

-